

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: «El que tenga sed, que venga a mí y beba³⁸ el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”». ³⁹Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él.

Recibimos a Nuestra Señora la Virgen de la Fuencisla en la Catedral, e iniciamos así la preparación para su fiesta. Para mí es la primera vez, y lo vivo con profunda emoción y alegría. Como escribía en la carta de saludo y preparación para estas fiestas, esta novena hace memoria de aquella que sirvió de preparación para la procesión de traslado, el 23 de septiembre de 1613, de la imagen, desde esta Catedral al que desde entonces es su santuario junto al Eresma. Sube por tanto la Fuencisla a nosotros, como fuente de agua que, casi contra el sentido natural, se remonta para volver a bajar dentro de nueve días.

La Virgen se presenta por tanto ante nosotros como la fuente de cuyas entrañas mana el agua viva. Como hemos escuchado en el Evangelio, Jesús gritó con voz potente a nuestra sed, a nuestros deseos más profundos de vida, de paz, de consuelo. Y nos invita a acudir a beber de Él, es decir a creer en Él. María fue la primera que sació su sed en su hijo, pues ella, antes que nadie lo tocó en sus propias entrañas. Podemos decir con la tradición que María fue antes Madre por la fe que en la carne. Primero creyó el anuncio del Ángel y, entonces, el Hijo de Dios fue engendrado en sus entrañas. Por eso en ella fue en la primera en la que se cumplieron las palabras que su hijo gritaría en el Templo años después.

Comenzamos la novena de preparación, ya sea la de los jóvenes por la mañana, o la de la tarde, y así todo Segovia se prepara, encendiendo la sed. Invito a todos los segovianos a presentar a Nuestra Madre estos días todas sus preocupaciones: las necesidades materiales y espirituales, los sufrimientos propios y ajenos; presentamos a los inmigrantes que llegan a nosotros desde su tierra, padeciendo incontables sufrimientos y buscando una vida mejor; a los que están enfermos en los hospitales, en las residencias o en sus casas; a los presos y a los que han perdido la libertad por las adicciones; a los que no tienen trabajo, a las familias rotas por la división y la violencia, a todos los que son tentados a desesperar por cualquier causa. Presentamos, como no, a tantos que sufren la violencia de la guerra: en Ucrania, en Tierra Santa y en tantos otros lugares y le pedimos a nuestra Madre, en comunión de oraciones con el papa León, una paz justa y duradera.

A lo largo de estos días iremos contemplando los misterios de la vida de María para aprender con ella a creer, a beber de la fuente de su hijo, para que también de nosotros brote la fuente de agua viva que es el don del Espíritu Santo, del Amor de Dios.